

Hacia el problema de las cultura(s) y literatura(s) latinoamericanas

Lucía Ibañez

Por la América Latina que habitamos, como espacio de asombrosos paisajes, rico en culturas e historias impactantes, palpamos la gran mayoría un orgullo comunitario e inexplicable. Nos sentimos en casa desde México hasta la Patagonia, nos reímos de nuestras desgracias, valoramos nuestras raíces, hacemos amigos entrañables en todas partes. Todas estas características son las que nos hacen sentirnos parte, como si fuéramos uno solo. Sin embargo, ¿se podría decir que somos todos uno? ¿Un habitante de una tribu aislada en la Amazonia se asemeja a un empresario cordobés? No, es una gran ilusión que sólo disfraza la realidad, anulando las diferencias y convirtiéndolas en algo uniforme, creando imágenes estereotipadas. Es imposible hablar de una “raza mestiza” o “identidad continental” como algo real ya que la gran diversidad cultural que habita no nos lo permite; no podemos negar las singularidades de cada cultura que reside y habita en este vasto continente.

La realidad de Latinoamérica no es un mestizaje generalizado y homogeneizante, sino una heterogeneidad afirmada, positiva marcando sus diferencias firmemente para no perderlas y anclada a la interacción de la sociedad, cultura e historia instaladas desde la formación de la brecha cultural entre la civilización occidental y las civilizaciones amerindias. En palabras de Raúl Bueno,

“el concepto de heterogeneidad refiere a los procesos históricos que arraigan en la base misma de las diferencias sociales, culturales, literarias, etc., de la realidad latinoamericana”.

De aquellos tiempos coloniales, se instalaron creencias inicialmente inauguradas en una época con pocos viajeros donde ciertos conceptos estaban por fuera del conocimiento europeo y todo lo nuevo se evaluaba desde sus propios esquemas de la realidad. Actualmente, estos relatos parecen fantasiosos, sin embargo, eran reales por esa época. Según García Márquez,

“Antonio Pigafetta [...] escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación”.

Esta mirada exterior, construida ante ojos ajenos al continente, no representa necesariamente cómo en verdad somos; son descripciones injustas y estereotipadas de la realidad. Al no pertenecer a este mundo, el hecho que nos desconocen y nos ven desde sistemas ajenos nos deja cada vez más solos, menos libres y más desconocidos. A juicio de García



Colegio Alemán
Córdoba

Márquez, los europeos de espíritu clarificador podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. Esto se ve plasmado claramente en los brutales grabados de Theodor de Bry que muestran al continente como un lugar de barbarie, canibalismo y otras atrocidades, contribuyendo así en la formación de esta perspectiva ajena y distorsionada de nuestra realidad.

Vivimos en una América Latina tan rica, confusa y compleja hasta para sus propios habitantes, que presenta el problema latente de la incapacidad de ser explicada a un otro externo a la misma. Estamos limitados por el lenguaje ya que nos faltan palabras y recursos convencionales para hacerlo, por lo que es comprensible que, tal como se manifiesta en *La soledad de América Latina*, los europeos insistan en medirnos con la misma vara que se miden a ellos mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son los mismos para todos y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros, como lo fue para ellos▪